

Cuadernos del Sur

Año 14 - Nº 26

Abril de 1998

Tierra  fuego
del

El *Manifiesto Comunista*

John Holloway

Criticar el *Manifiesto Comunista* es seguir el ejemplo de Marx y Engels. La experiencia de la Comuna de París llevó a los autores del Manifiesto a agudizar su visión del Estado, sosteniendo que «la Comuna ha demostrado, sobre todo, que 'la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como esta y servirse de ella para sus propios fines'» (prefacio a la edición alemana de 1872).

Después de otro siglo y cuarto de experiencia, hay otros puntos que ellos (es decir, nosotros) quisieran tal vez cambiar. Lo que es seguro es que no quisiéramos diluir sus conclusiones, ya que la obscenidad asesina del capitalismo es más obvia que nunca. Después del horror de las guerras mundiales, después de Auschwitz y Hiroshima, después de las depredaciones inhumanas del neoliberalismo, nuestra crítica del capitalismo sería aun más amarga, angustiada, urgente. Y menos optimista.

La frase que más estorba cuando uno vuelve a leer el *Manifiesto* es la última oración de la primera sección: «Su hundimiento [de la bur-

guesía] y la victoria del proletariado son igualmente inevitables». ¡Por supuesto que la victoria del proletariado no es inevitable! Después de Hiroshima, después de la construcción de bombas con la capacidad de destruir la población de la tierra, esta muy claro que la victoria del proletariado no tiene nada de inevitable, que «el hundimiento de las clases en pugna», es decir de la humanidad, es igualmente posible. Nuestro *Manifiesto Comunista* de hoy tiene que ser un manifiesto sin certezas, nuestra dialéctica tiene que ser una dialéctica negativa, sin ninguna garantía de un final feliz.

El enunciado sobre la inevitabilidad de la victoria del proletariado es, por supuesto, el toque final de la sección más importante de un folleto revolucionario. Sin embargo, la noción de un progreso histórico asegurado hacia el comunismo no se limita a este toque en el *Manifiesto*. En las páginas que preceden esta declaración de la inevitabilidad de la victoria del proletariado, Marx y Engels presentan una imagen bastante lineal del desarrollo del movimiento revolucionario: «la industria, en su desarrollo, no solo acrecienta el número de proletarios, sino que

los concentra en masas considerables; su fuerza aumenta y adquieren mayor conciencia de la misma.... El progreso de la industria, del que la burguesía, incapaz de oponérsele, es agente involuntario, sustituye el aislamiento de los obreros, resultante de la competencia, por su unión revolucionaria mediante la asociación».

Es difícil mantener esta visión lineal del desarrollo del movimiento revolucionario a la luz de las experiencias del último siglo: los avances han sido seguidos por derrotas terribles; de estas derrotas ha surgido un nuevo poder, pero nunca sobre una base segura, siempre amenazado por los ataques del capital. El progreso de la industria moderna, sobre todo en años recientes, ha tenido muchas veces el efecto de aislar a los obreros y de romper los ejércitos proletarios de las fábricas masivas. El movimiento real de la descomposición y recomposición de la clase obrera ha sido mucho más complejo y contradictorio de lo que el *Manifiesto* sugería.

Después de los horrores de este siglo, ¿cómo podemos mantener la visión optimista del progreso propuesta por el *Manifiesto Comunista*? Para los revolucionarios de los primeros años de este siglo, sin embargo, la idea de que se había comprobado científicamente el avance histórico hacia el comunismo era la esencia misma del marxismo. La

crítica que hizo Rosa Luxemburgo a Bernstein nos reta todavía a través de los años: «¿Por que representar el socialismo como la consecuencia de la compulsión económica?», clama. «¿Por qué degradar el entendimiento del hombre, su sentido por la justicia, su voluntad? (Vorwaerts, 26 de marzo de 1899). La distribución superlativamente justa de Bernstein se obtendrá gracias al libre albedrío del hombre, obrando no por la necesidad económica, ya que este albedrío es en sí mismo solo un instrumento, sino por la comprensión humana de la justicia. Esto es un retorno muy felizmente, por cierto, al principio de la justicia, al viejo caballo de batalla sobre el cual todos los reformadores han cabalgado durante siglos, a falta de otros medios más seguros. Volvemos al lamentable Rocinante a horcajadas del cual los Don Quijotes de la historia han galopado hacia la gran reforma del mundo, para volver a casa siempre vencidos.» (*Reforma o Revolución*, México, Grijalbo, 1967, p. 79).

Si la certeza optimista del *Manifiesto Comunista* nos está cerrada ahora, ¿quiere eso decir que lo único al cual podemos aspirar es ser los Don Quijotes de la historia, llenos de buenas intenciones pero destinados a regresar siempre vencidos? Tal vez deberíamos reconocer por lo menos que la base de nuestra lucha no es el sentido de la necesidad his-

tórica. No es porque pensamos que la historia esta de nuestro lado que nos declaramos comunistas: surge más bien de un "juicio sobre la existencia", un juicio que surge de la experiencia (individual y colectiva) de la opresión. Nos rebelamos contra el capitalismo como cuestión de existencia y no porque estamos seguros de un aterrizaje seguro.

¿Implica eso que estamos contentos de estar siempre vencidos? ¿O simplemente de adoptar el papel de Casandra, advirtiendo sin efecto la autodestrucción de la humanidad? Para nada. Abandonar la perspectiva del comunismo para condenar simplemente la opresión capitalista sería inconsistente. Sería inconsistente simplemente porque cualquier teoría de la dominación que no apunte más allá de la dominación termina por reforzar la dominación que pretende criticar: esa es la tragedia de la teoría de la "izquierda" de los últimos treinta años.

Pero, ¿qué quiere decir una "perspectiva del comunismo" si abandonamos el progreso optimista y lineal del *Manifiesto*? Nuestra rebelión apunta la existencia actual, no la felicidad futura. Pero nuestra existencia actual niega el presente y lo sobrepasa. El comunismo, eso que todavía no existe, existe como todavía-no en el presente, como sueños, como proyectos, como oposición cotidiana al capitalismo, como humanidad frente a la inhumanidad.

En este sentido, el comunismo existe ya como movimiento real de la clase trabajadora (como dice Marx en *La ideología alemana* y *La guerra civil en Francia*). El comunismo existe como nuestra dignidad, nuestra negación a subordinarnos a lo que es, nuestra negación del presente.

Pero, ¿es suficiente eso? ¿El comunismo no tiene que ser más que el rechazo al capitalismo? ¿No tiene que haber la esperanza de un futuro en el cual podemos ir más allá de la sociedad obscena en la cual vivimos —no solamente en nuestros proyectos, sino en el sentido de vivir de veras en condiciones de humanidad? ¿No tiene que haber un sentido en que el "progreso" como movimiento que va más allá del capitalismo es integral a la noción del comunismo? Sí, pero este progreso no es el progreso de alguien que camina sobre un camino pavimentado hacia un destino visible. Es más bien el progreso de una funámbula sin experiencia que va desenrollando la cuerda mientras camina, esperando que encontrara otro palo para asegurarla, inventando cada paso, nunca segura del futuro, siempre en la presencia del abismo, sabiendo que esta en la cuerda no porque quiere llegar a alguna parte sino porque esa es su existencia. El progreso es subjuntivo, y no el progreso indicativo del *Manifiesto Comunista*: el crecimiento de un potencial, no de una certe-

za. Un progreso basado no en el avance irresistible de las fuerzas de producción sino en el crecimiento siempre arriesgado de la presencia insubordinada del trabajo contra-dentro-y-más-allá del capital.

Tal visión subjuntiva del progreso esta sugerida por la teoría del valor que Marx desarrolla en *El capital*. La teoría del valor es una teoría de la esperanza, una teoría del poder exclusivo pero suprimido y deformado de la creatividad humana. La teoría del valor indica la debilidad crucial del capital: su dependencia absoluta con respecto a la subordinación del trabajo. Si el capital no logra subordinar y explotar el trabajo, deja de existir. Conforme va creciendo el capital, crece también su dependencia con respecto a la subordinación del trabajo: conforme va desarrollando, el capital tiene que explotar el trabajo más y más efectivamente para sobrevivir —eso es seguramente el significado de la discusión de Marx de la baja tendencial de la tasa de ganancia.

Las demandas cada vez más inhumanas y deshumanizadoras del capital se enfrentan cada vez más con nuestra humanidad, con nuestra falta de subordinación, nuestra insubordinación. No importa lo que haga, el capital no puede romper

con su dependencia con respecto al trabajo insubordinado. Puede estirar los lazos que lo ligan al trabajo a través de la expansión del crédito, pero mientras más lo hace, más volátil, frágil y violenta se vuelve su existencia. Esa es la situación del capitalismo contemporáneo: el capital huye de su incapacidad de subordinar suficientemente el trabajo a través de la expansión del crédito hasta el punto en que su reproducción cotidiana depende cada vez más de la expansión continua del crédito. El precio que se paga son las crisis financieras cada vez más frecuentes y más virulentas. La presencia insubordinada del trabajo contra-dentro-y-más-allá del capital se manifiesta a través de la inestabilidad financiera del sistema entero.

En estas circunstancias nuestra pretensión de vivir una vida humana, nuestra insubordinación o falta de subordinación a las obscenidades del capitalismo, nuestro grito de dignidad, sea en la fábrica, la calle o la selva, amenaza al capitalismo más profundamente que nunca. Esa es nuestra esperanza. Pero no hay ninguna certeza. La victoria del proletariado no es inevitable. Depende de nosotros.

Puebla, marzo de 1998.